NICODEMO,

LA RAÍZ QUE NADIE VIO CRECER

Nicolás Bertoa

jesusyyo.com

ÍNDICE

Prólogo — La cadena que no se rompió.....3
Capítulo I — El templo.....7
Capítulo II — La noche.....13
Capítulo III — El desierto.....22
Capítulo IV — Los años silenciosos.....27
Capítulo V — El Sanedrín.....30
Capítulo VI — La oscuridad.....33
Capítulo VII — La tumba.....36
Epílogo — La noche que nunca terminó de terminar.....41
Fuentes.....44

PRÓLOGO

La cadena que no se rompió

Jerusalén dormía.

No el sueño tranquilo de los que no tienen nada que perder, sino ese sueño tenso y superficial de una ciudad que sabe, sin poder decírselo a sí misma, que algo está cambiando en sus cimientos. Las antorchas del templo brillaban en la distancia como brasas que nadie había apagado todavía. Los peregrinos de la Pascua dormían en sus tiendas y en las calles, exhaustos de caminar y de esperar. Los sacerdotes habían terminado sus turnos. Los guardias hacían sus rondas sin prisa.

Y por una de las calles angostas que subían hacia el monte de los Olivos, un hombre caminaba solo.

No corría. No miraba atrás. Caminaba con la concentración de alguien que ha tomado una decisión que todavía no sabe si puede sostener — cada paso un pequeño acto de voluntad contra el peso de todo lo que podría perder si alguien lo reconocía. Era un hombre acostumbrado a ser visto. A ser reconocido. A que la gente se apartara para dejarlo pasar. Esa noche prefería la oscuridad. Esa noche, por primera vez en muchos años, la oscuridad le parecía un regalo.

No sabía que lo que estaba buscando lo había estado buscando a él mucho antes.

* * *

Hay semillas que caen en la oscuridad y nadie las ve caer. No hacen ruido. No producen ningún cambio visible en la superficie del suelo. Si alguien pasara por ahí al día siguiente, no encontraría nada diferente — la misma tierra, el

mismo silencio, la misma apariencia de que nada ha ocurrido. Y sin embargo algo ocurrió. Algo irreversible. La semilla tocó el suelo, y el suelo la recibió, y desde ese momento el proceso que terminaría en raíz y en tallo y en fruto ya había comenzado — invisible, inevitable, sin que nadie pudiera verlo ni detenerlo.

Esta es la historia de una semilla que cayó de noche.

Y de la raíz que nadie vio crecer.

* * *

Dos mil años después de esa noche, yo hacía algo parecido en una oficina de Córdoba.

Trabajaba en Globant, una empresa de software. Llegaba temprano, antes que los demás, y en ese silencio de pantallas apagadas y sillas vacías abría una Biblia sobre el escritorio. La leía despacio — no como quien cumple una tarea sino como quien busca algo que no sabe exactamente cómo nombrar. Algo que los proyectos no daban. Algo que las métricas no medían. Algo que las conversaciones de pasillo dejaban intacto. Y cuando escuchaba pasos en el corredor — el sonido inconfundible de alguien que se acerca — cerraba la Biblia y la deslizaba dentro de la mochila que mantenía abierta a propósito, lista para ese momento, como si hubiera estado leyendo cualquier otra cosa.

Semanas así. Semanas de Biblia abierta y mochila lista.

Hasta que un día un compañero entró sin que yo lo escuchara. Me encontró con el libro en las manos. Y antes de que pudiera pensar, antes de que pudiera elegir, dije que no estaba leyendo la Biblia. Lo negué. Guardé silencio sobre lo único que en ese período de mi vida me parecía verdaderamente importante.

Esa noche, cuando volví a casa y abrí las Escrituras, me encontré con las palabras de Jesús sobre los que lo confiesan y los que lo niegan. No las busqué. Estaban ahí. Y algo en mi pecho se rompió de una manera que no sé describir de otra forma — me largué a llorar, solo, con el libro abierto sobre la mesa. No de culpa solamente. De reconocimiento. De verse en un espejo que muestra exactamente lo que uno preferiría no ver.

Al día siguiente volví a Globant y abrí la Biblia sobre el escritorio. Sin mochila abierta. Sin plan de escape. La dejé ahí, visible, y seguí leyendo.

No fue heroísmo. Fue simplemente que ya no podía seguir siendo dos personas al mismo tiempo.

La historia de Nicodemo no terminó en Jerusalén.

Sigue.

* * *

Nicodemo le contó a Juan lo que pasó esa noche. Juan lo escribió con la pluma que registró también el principio de todas las cosas — en el principio era el Verbo — y con esa misma pluma escribió las palabras más conocidas del mundo: de tal manera amó Dios al mundo. Palabras que nacieron en una conversación de dos personas en la oscuridad. Palabras que Nicodemo guardó durante años sin saber completamente qué hacer con ellas. Palabras que florecieron en él de la manera más inesperada — no en la cima de su poder sino en el momento en que lo había perdido todo, cargando especias hacia una tumba mientras los que habían estado tres años al lado de Jesús se escondían con miedo.

La cadena no se rompió. Viajó a través de siglos, de idiomas, de culturas, de noches silenciosas donde alguien buscó algo sin saber exactamente qué buscaba. Comenzó en el monte de los Olivos, pasó por el Gólgota, continuó en la pluma de Juan, y siguió — hasta oficinas con mochilas abiertas, hasta

madrugadas de duda, hasta cualquier noche donde la oscuridad pareció más honesta que la luz del día.

Este libro no es un estudio sobre Nicodemo.

Es la historia de una raíz que nadie vio crecer — y de un amor que la regó en la oscuridad, sin testigos, sin aplausos, sin otra razón que la que Jesús le dio a un hombre solo en la noche más importante de su vida:

De tal manera amó Dios al mundo.

CAPÍTULO I

El templo

Fuego y ternura

Nicodemo conocía el templo como se conoce la casa donde uno creció — cada piedra, cada pasaje, cada ángulo de luz a cada hora del día. Había caminado por sus atrios desde niño, primero de la mano de su padre, luego solo, luego como uno de los hombres que otros miraban con respeto cuando cruzaban el umbral. Conocía el olor del incienso mezclado con el humo de los sacrificios, el sonido de las trompetas al amanecer, el murmullo de la oración que subía desde miles de bocas simultáneas como un río que no se detiene. El templo era para él lo más cercano que existía a la presencia de Dios en la tierra — no como metáfora sino como convicción profunda, arraigada en décadas de estudio y de devoción.

Por eso lo que encontró ese día de Pascua lo desconcertó de una manera que no supo nombrar en el momento.

Había llegado temprano, antes de que la multitud alcanzara su punto más denso, y ya los atrios exteriores eran un mercado ruidoso y sin pudor. Los cambistas gritaban sus tasas desde detrás de sus mesas. Los vendedores de palomas competían entre sí con voces que se superponían y se perdían en el aire cargado. El ganado mugía y los pies de miles de peregrinos levantaban una nube de polvo que se mezclaba con el olor de los animales y con el dinero que cambiaba de mano sin descanso. Nicodemo había visto esa escena decenas de veces. La había tolerado con la incomodidad silenciosa de quien sabe que algo está mal pero no encuentra el momento ni las palabras para decirlo. Era el sistema. Funcionaba. Los sacerdotes lo habían aprobado. Quién era él para objetar.

Pero ese día algo era diferente.

No supo identificarlo de inmediato. Fue primero una sensación — una especie de quietud que se extendía desde un punto del atrio hacia afuera, como cuando se arroja una piedra al agua y las ondas viajan en todas las direcciones. El ruido no cesó de golpe. Fue más sutil que eso — fue como si el ruido empezara a tener conciencia de sí mismo y a avergonzarse. Nicodemo siguió la dirección de las miradas. Todos miraban hacia el mismo lugar.

Había un hombre de pie en las gradas del atrio.

No era alto en el sentido en que los hombres poderosos suelen serlo — no tenía la estatura imponente de un general ni el porte calculado de un sumo sacerdote en sus vestiduras. Era un galileo, joven, con las manos de alguien que había trabajado con ellas durante años. Y sin embargo algo en su manera de estar de pie hacía que todo lo que lo rodeaba pareciera más pequeño — no por contraste físico sino por algo que Nicodemo no podía explicar y que tampoco podía ignorar. Era como si ese hombre ocupara el espacio de una manera diferente a todos los demás. Como si tuviera derecho a estar ahí de una manera que los demás no tenían.

Nicodemo lo observó recoger algo del suelo. Cuerdas — las que usaban para atar a los animales. Lo vio detenerse. Lo vio trenzarlas con una calma que era casi desconcertante dada la circunstancia. No había urgencia en sus movimientos. No había ira en el sentido en que la ira suele manifestarse — ese calor impulsivo que ciega y apresura. Había algo más difícil de nombrar. Algo que Nicodemo, después de años de estudiar los profetas, reconoció con un estremecimiento que comenzó en algún lugar detrás del esternón y se extendió hacia afuera.

Era celo. No la emoción humana que lleva ese nombre — sino aquella otra cosa de la que hablaban los salmos. El celo del que ama algo con una profundidad que no puede permanecer indiferente ante su destrucción.

Lo que sucedió después ocurrió con una velocidad que la memoria de Nicodemo nunca pudo ordenar completamente. El hombre descendió las gradas. El látigo de cuerdas se alzó. Las mesas de los cambistas cayeron con un estruendo que pareció más grande que su causa física — como si el sonido llevara dentro algo más que madera y metal. Las monedas rodaron por el pavimento de mármol produciendo ese tintineo agudo que se quedó grabado en el oído de Nicodemo durante años. Los animales salieron en estampida. Los vendedores, los cambistas, los sacerdotes que supervisaban el tráfico — todos retrocedieron, y Nicodemo vio en sus rostros algo que nunca había visto en ese lugar: miedo. No el miedo a la violencia física. El miedo a ser vistos.

Nadie resistió.

Eso fue lo que más lo perturbó — no la acción en sí sino la ausencia de resistencia. Hombres con poder, con autoridad institucional, con guardias a su disposición, huyeron ante un solo hombre con un látigo de cuerdas recogidas del suelo. Y Nicodemo, que conocía esos hombres, que se sentaba con ellos en el Sanedrín, que conocía la solidez de su poder y la firmeza de su carácter — Nicodemo no pudo encontrar una explicación que lo satisficiera. No era solo el látigo. Era algo que emanaba de ese hombre y que el sistema entero, con toda su autoridad acumulada, no podía sostener.

El silencio que cayó sobre el atrio fue casi físico.

* * *

Entonces ocurrió algo que Nicodemo no esperaba.

El hombre se volvió. Y los que habían huido no eran los únicos que habían quedado en el atrio — quedaron también los otros. Los que nunca habían tenido poder que perder. Los ciegos que habían llegado guiados por familiares, los cojos que se habían arrastrado desde lejos, los pobres que habían venido con sus últimas monedas para comprar una paloma que los

sacerdotes habían inflado hasta volverla inalcanzable. Los enfermos. Los que cargaban historias que el sistema había aprendido a no ver.

El hombre los miró.

No con la mirada de quien evalúa una situación. Con la mirada de quien reconoce a alguien. Como si cada uno de esos rostros le fuera familiar — como si los hubiera conocido antes, en otro lugar, en otro tiempo, y estuviera encontrándolos de nuevo después de una ausencia demasiado larga. Nicodemo vio sus ojos recorrer la multitud de enfermos y sintió algo que no supo describir entonces — una mezcla de asombro y de vergüenza, porque esa mirada hacía visible, por contraste, la manera en que él mismo había aprendido a no ver a esa gente.

Luego el hombre habló. No gritó. No dio instrucciones. Dijo algo en voz baja que Nicodemo no alcanzó a escuchar desde donde estaba, pero vio el efecto de esas palabras en los rostros que lo rodeaban — algo que se ablandaba, algo que cedía, algo que había estado apretado durante mucho tiempo y que encontraba por primera vez un espacio donde aflojarse.

Y entonces comenzaron las sanidades.

Nicodemo las vio. No desde cerca — se mantuvo a distancia, como hacía con todo lo que no comprendía todavía — pero las vio. Vio a un hombre que había llegado sostenido por dos personas caminar solo hacia la salida. Vio a una mujer que lloraba con las manos sobre el rostro apartar las manos y mirar a su alrededor con una expresión que Nicodemo solo podía describir como la de alguien que acaba de recordar que el mundo es más grande de lo que el dolor le había permitido ver. Vio niños que corrían donde antes no podían moverse. Escuchó voces — voces de personas que durante años habían perdido el sonido — pronunciar palabras sueltas, inconexas, como quien aprende un idioma que siempre supo pero nunca había podido hablar.

El mismo hombre. El mismo rostro. La misma tarde.

Primero el fuego que vació el atrio. Luego la ternura que llenó ese mismo espacio con algo completamente diferente.

* * *

Nicodemo permaneció donde estaba durante mucho tiempo después de que la multitud comenzara a dispersarse. Tenía la costumbre de analizar lo que veía — era parte de su formación, parte de lo que lo había llevado a ser lo que era. Pero esa tarde su mente, entrenada durante décadas para clasificar y argumentar y concluir, se encontró haciendo algo que no recordaba haber hecho antes.

Simplemente mirando.

Sin categoría disponible. Sin texto de referencia que encajara completamente. Sin la seguridad tranquilizadora de poder decir esto es tal cosa y seguir adelante. Solo la imagen de ese hombre moviéndose entre los enfermos con una atención que no se parecía a ninguna otra atención que Nicodemo hubiera visto — como si cada persona que tocaba fuera la única persona en el mundo en ese momento.

Había leído los profetas toda su vida. Conocía las descripciones del Mesías como se conoce un mapa — los contornos, los nombres, las referencias cruzadas. Y sin embargo lo que tenía delante no encajaba en el mapa. No porque contradijera las profecías sino porque las superaba de una manera que el mapa no había sabido anticipar. El Mesías que él había construido en su mente durante años era una figura de poder y de juicio — alguien que vendría a restaurar el orden correcto de las cosas con la autoridad de quien tiene derecho a hacerlo.

Este hombre tenía esa autoridad. La había demostrado en las mesas volcadas y en los sacerdotes que huyeron.

Pero también tenía esto otro — esta cosa sin nombre que hacía que los ciegos vieran y que los niños corrieran y que una mujer apartara las manos de su rostro como si el mundo hubiera vuelto a ser habitable.

Y Nicodemo, que llevaba décadas siendo uno de los hombres más inteligentes de Jerusalén, no tenía una sola palabra para nombrarlo.

* * *

Esa noche, solo en su estudio, con los rollos de las Escrituras abiertos sobre la mesa, Nicodemo buscó. No sabía exactamente qué buscaba — eso también era nuevo. Siempre había llegado a los textos con una pregunta definida, un problema que resolver, un argumento que construir o refutar. Esa noche llegó con algo diferente. Llegó con una imagen — un hombre de pie en las gradas de un atrio vacío, con un látigo de cuerdas en la mano y los ojos llenos de algo que no era ira — y dejó que esa imagen recorriera los textos que conocía de memoria.

Los profetas hablaban. Él escuchaba de una manera diferente.

No todo encajaba todavía. Había demasiado que no podía resolver, demasiado que se resistía a la categoría que intentaba imponerle. Pero había algo — una convicción que se iba formando en un lugar más profundo que el razonamiento, más profundo que la argumentación — que le decía que lo que había visto esa tarde en el templo no era algo que pudiera seguir ignorando.

No sabía todavía qué iba a hacer con eso.

Pero tampoco podía deshacer lo que había visto.

La semilla había tocado el suelo.

CAPÍTULO II

La noche

El que vino buscando

Pasaron días antes de que tomara la decisión.

No fue una decisión repentina — fue más bien el resultado de una acumulación. De noches estudiando los profetas de una manera diferente a como los había estudiado siempre. De momentos en el Sanedrín donde escuchaba a sus colegas hablar de ese galileo con un desprecio que le resultaba cada vez más difícil de compartir. De imágenes que volvían sin que las convocara — el látigo de cuerdas trenzadas con calma, las mesas que caían, la mujer que apartaba las manos de su rostro. De una pregunta que no lo dejaba en paz y que no podía hacerle a nadie en su círculo sin exponerse de una manera que no estaba dispuesto a afrontar todavía.

Quería hablar con ese hombre.

La idea en sí no era escandalosa — era un rabino hablando con otro maestro, un intercambio intelectual entre hombres que estudiaban las mismas Escrituras. Podía justificarlo así si era necesario. Pero sabía, en ese lugar donde uno sabe las cosas que preferiría no saber, que no era eso. No era curiosidad académica lo que lo empujaba. Era algo más parecido al hambre — esa sensación de que hay algo que necesitás y que no podés obtener de ninguna de las fuentes habituales.

Eligió la noche. No solo por precaución — aunque la precaución también estaba ahí, honesta y sin disimulo. La eligió porque la noche era el único momento donde podía ser simplemente un hombre con una pregunta, sin el peso de todo lo que era durante el día. Sin la toga, sin el título, sin la mirada de los otros que lo ubicaba permanentemente en su lugar dentro del

sistema. La noche le ofrecía algo que el día le negaba — la posibilidad de no saber, sin que eso fuera una vergüenza.

Llevaba preparado un saludo. Lo había pensado con cuidado, como pensaba todo lo que iba a decir en público — las palabras exactas, el tono apropiado, el equilibrio correcto entre respeto y autoridad. Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces si Dios no está con él. Era una apertura sólida. Reconocía la autoridad sin comprometerse demasiado. Abría la conversación sin revelar el estado real de su corazón. Era exactamente el tipo de frase que un príncipe de Israel podía pronunciar sin perder el control de la situación.

No sirvió de nada.

* * *

El hombre lo escuchó. Y antes de que el eco de sus propias palabras terminara de disolverse en el aire de la noche, respondió — no al saludo, no al argumento cuidadosamente construido, no a la pregunta que Nicodemo había planeado hacer eventualmente, después de establecer el terreno. Respondió a algo que Nicodemo no había dicho. A algo que ni siquiera sabía que estaba preguntando.

De cierto, de cierto te digo: el que no naciere de lo alto no puede ver el reino de Dios.

Nicodemo se quedó quieto.

Había esperado una discusión. Había venido preparado para intercambiar argumentos, citar textos, construir y refutar posiciones — el terreno donde se sentía seguro, donde décadas de formación lo habían hecho imbatible. En cambio lo que recibió fue esto — una afirmación que no atacaba su argumento sino que lo rodeaba completamente, que pasaba por encima de

todo lo que había preparado y llegaba directamente a algo que no había traído consigo esa noche porque no sabía que lo tenía.

El orgullo reaccionó primero. Lo hacía siempre — era más rápido que cualquier otra parte de él. ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre? Las palabras salieron con una ironía que no había planeado — la ironía de quien siente que la verdad que acaba de escuchar lo amenaza y necesita reducirla al absurdo antes de que penetre demasiado. Era un mecanismo que conocía bien en los debates del Sanedrín. Lo había visto en otros. No lo había visto tan claramente en sí mismo hasta esa noche.

El hombre no se inmutó.

Siguió hablando — con la misma calma con que había trenzado las cuerdas en el templo, con la misma atención con que había mirado a los enfermos antes de sanarlos. Como si la ironía de Nicodemo fuera simplemente información sobre dónde estaba parado, y él necesitara saberlo para saber qué decir a continuación. Habló del agua y del Espíritu. Habló de la carne que solo produce carne y del Espíritu que produce espíritu. Habló del viento que sopla donde quiere y cuyo sonido se oye pero cuyo origen y destino nadie conoce.

Así es todo aquel que es nacido del Espíritu.

Nicodemo escuchaba. Y algo en él — algo debajo del orgullo, debajo de la formación, debajo de décadas de certezas construidas con cuidado — empezaba a moverse. No de manera dramática. No como una revelación que llega con luz y con sonido. Más parecido al agua que encuentra una grieta en la roca — silenciosa, paciente, inevitable.

Había estudiado las Escrituras toda su vida. Conocía a Ezequiel — os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros. Conocía a

Isaías. Conocía los salmos de David que pedían un corazón limpio. Los había leído cientos de veces. Los había citado en el Sanedrín, los había enseñado en la sinagoga, los había comentado en los rollos que llenaban su estudio. Y sin embargo esa noche, escuchando a ese galileo hablar del Espíritu como del viento, sintió que los estaba escuchando por primera vez. No con los oídos — con otra cosa. Con ese lugar más profundo que los textos siempre habían estado intentando alcanzar sin lograrlo del todo.

¿Cómo puede hacerse esto?

La pregunta salió diferente a la anterior. Sin ironía. Sin el escudo de la inteligencia lista para defenderse. Salió como salen las preguntas reales — desde adentro, desde el lugar donde uno no sabe, desde la honestidad que el orgullo suele impedir y que esa noche, por alguna razón que Nicodemo no habría podido explicar, encontró un momento de apertura.

* * *

Lo que el hombre dijo a continuación lo dejó sin palabras.

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que cree en él no se pierda sino que tenga vida eterna.

Nicodemo conocía esa historia. La conocía como se conocen las cosas que se aprendieron en la infancia — con esa familiaridad que a veces impide ver. El pueblo mordido en el desierto. Las serpientes ardientes. Moisés levantando la serpiente de bronce en un poste para que los que habían sido mordidos miraran y vivieran. La había estudiado, la había enseñado, la había citado como ejemplo de la provisión de Dios en momentos de crisis. Nunca la había visto así.

La serpiente levantada — imagen del mal cargado sin veneno, del juicio sostenido sin poder de matar — apuntando hacia algo que estaba parado frente a él en ese momento.

El mirar y vivir. Sin merecer. Sin entender el mecanismo completo. Sin haber dejado de murmurar del todo. Solo mirar. Y vivir.

Y luego vinieron las palabras que Nicodemo no esperaba. Las palabras que años después Juan escribiría con la pluma que había registrado el principio de todas las cosas, y que viajarían a través de siglos hasta llegar a lugares y personas que esa noche en el monte de los Olivos nadie podía imaginar:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.

Nicodemo se quedó quieto durante un tiempo que no supo medir.

Toda su vida había estudiado a un Dios que juzgaba. Un Dios que pesaba las acciones, que evaluaba la obediencia, que recompensaba la fidelidad y castigaba la transgresión. No era un Dios malo — era el Dios de la ley, el Dios de la alianza, el Dios que exigía porque amaba. Pero en el centro de esa imagen había algo que Nicodemo nunca había podido nombrar — una distancia. Una sensación de que entre él y ese Dios siempre había algo más que recorrer, algo más que cumplir, algún mérito adicional que acumular antes de que la brecha pudiera cerrarse.

No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo.

La frase desmontó algo que Nicodemo no sabía que estaba sosteniendo. Como cuando se quita una piedra que estaba en el lugar equivocado y de repente el peso que uno cargaba sin saberlo desaparece — y uno se da cuenta, recién entonces, de cuánto pesaba.

* * *

Hay una mentira sobre Dios que es más difícil de desalojar que cualquier otra — precisamente porque no se presenta como mentira sino como teología. La idea de que Dios es fundamentalmente un juez, y que su amor es la excepción a esa regla en lugar de su naturaleza más esencial.

Yo llegué a esa mentira por un camino que parecía completamente legítimo — la enseñanza profética. Estudios bíblicos en la iglesia, grupos pequeños, libros y videos sobre el fin de los tiempos. Esa tendencia que tiene cierta espiritualidad adventista de querer encajar cada evento del mundo en el esquema profético — la escatología convertida en obsesión, el Apocalipsis leído como manual de amenazas inminentes. Cada señal de los tiempos era una advertencia. Cada explicación de las profecías terminaba en un cuadro donde el tiempo se agotaba y el juicio se acercaba. Jesús aparecía en esas explicaciones — pero no de una manera que invitara a acercarse. Aparecía como el que viene a separar, a juzgar, a ejecutar la sentencia sobre un mundo que no estuvo a la altura.

El miedo se instaló despacio, sin que lo notara. No era el miedo agudo de un momento de crisis — era un miedo de fondo, sordo y permanente, que teñía todo. La oración. El estudio. La relación entera con lo sagrado. Un miedo que no tenía nombre pero que estaba siempre ahí, como una humedad que uno deja de sentir porque lleva demasiado tiempo viviendo en ella.

Una mañana lo dije en voz alta, solo: Te tengo miedo.

No fue una acusación. Fue la única confesión honesta que podía hacer en ese momento.

Y en ese silencio llegó algo — no una voz en el sentido literal, sino una impresión que se instaló en el centro del pecho con la suavidad y la firmeza

de algo que siempre estuvo ahí esperando ser recibido: Nico, no me tengas miedo.

Me largué a llorar.

Jesús me llevó entonces a un libro — Así de Simple, del psiquiatra Timothy Jennings — que empezó a desmantelar con paciencia y con precisión lo que las enseñanzas distorsionadas habían construido. No fue una lectura fácil ni rápida. Fue el comienzo de un proceso — historias del evangelio leídas de una manera nueva, buscando no más información sobre el fin de los tiempos sino las pepitas de oro del carácter de amor de Dios escondidas en cada escena. La imagen falsa no se fue de golpe. Fue cediendo terreno, milímetro a milímetro, a medida que la imagen verdadera se volvía más concreta y más real.

No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo.

Nicodemo escuchó esas palabras en una noche en el monte de los Olivos y algo en él nunca volvió a ser exactamente igual. Yo las recibí de otra manera, en otro siglo, en otro lugar — pero reconozco el movimiento. El momento en que la imagen falsa cede. El momento en que el peso que uno cargaba sin saber que lo cargaba de repente no está más.

* * *

Nicodemo volvió a su casa antes del amanecer.

Las calles seguían vacías. Jerusalén todavía dormía. El mismo camino que había recorrido de ida, ahora de vuelta, con los mismos pies y sin embargo con algo diferente en el interior — algo que no sabía todavía cómo nombrar y que no estaba seguro de poder sostener a la luz del día, entre sus colegas, en la realidad concreta del Sanedrín y de las responsabilidades que lo esperaban.

No había resuelto nada. No había llegado a ninguna conclusión que pudiera defender en un debate. No tenía un argumento nuevo ni una posición teológica más sólida que la que tenía al salir. En ese sentido, la noche había sido un fracaso completo.

Pero tenía algo que no había tenido antes.

Una imagen — la serpiente de bronce levantada en el desierto, el pueblo mordido que miraba y vivía — y detrás de esa imagen, la promesa más desconcertante que había escuchado en su vida. Que el Dios que él había estudiado y temido y reverenciado no había enviado a su Hijo para condenar al mundo. Que había algo en el centro de la realidad que no era juicio sino amor. Un amor que daba sin calcular el retorno. Un amor que buscaba sin esperar que el buscado llegara primero.

Un amor que había estado buscándolo a él mucho antes de que él decidiera salir de noche a buscarlo.

Esa noche, al llegar a su estudio, no encendió la lámpara de inmediato. Se quedó un momento en la oscuridad, de pie, con los rollos de las Escrituras a su alrededor. Luego la encendió y los abrió — no para buscar un argumento, no para verificar una posición, no para preparar lo que iba a decir en la próxima sesión del Sanedrín. Los abrió con una pregunta distinta a todas las que había traído a esos textos durante décadas. Una pregunta que no tenía la forma de una pregunta sino de una disposición — la disposición de alguien que está dispuesto a recibir lo que encuentre, aunque lo que encuentre lo obligue a cambiar algo que no quiere cambiar.

Las mismas palabras que había leído cientos de veces. La misma tinta sobre el mismo pergamino. Y sin embargo algo era diferente — no en el texto sino en él. Como si una capa de algo que había estado interponiéndose entre sus ojos y las palabras se hubiera adelgazado esa noche lo suficiente para dejar pasar una luz que siempre había estado ahí.

Leyó hasta que la lámpara comenzó a vacilar.

No había terminado. Sabía que lo que había comenzado esa noche iba a tomar tiempo — mucho tiempo, más del que podía imaginar en ese momento. Pero algo había comenzado. Y eso, por ahora, era suficiente.

La semilla estaba en el suelo. Y aunque Nicodemo no lo sabía todavía, el amor que la había plantado no iba a dejar de regarla.

CAPÍTULO III

El desierto

La serpiente que mira hacia arriba

Había una historia que Nicodemo conocía desde niño.

La conocía como se conocen las cosas que se aprenden antes de que uno tenga palabras para analizarlas — con esa familiaridad que va más allá del intelecto y que se instala en algún lugar más profundo, más parecido al cuerpo que a la mente. La había escuchado por primera vez de la boca de su padre, luego en la sinagoga, luego en las escuelas rabínicas donde pasó los años que formaron todo lo que era. La había estudiado, comentado, citado. Creía conocerla completamente.

No la conocía.

No de la manera en que esa noche en el monte de los Olivos un galileo se la había devuelto — encendida desde adentro, con un significado que ninguno de sus maestros le había mostrado y que sin embargo era el significado que siempre había estado ahí, esperando que alguien tuviera ojos para verlo.

La historia era esta.

* * *

El desierto del sur de Canaán no era un lugar hecho para los seres humanos.

Era un lugar hecho para el silencio y para la roca y para el sol que cae vertical sobre la piedra y la calienta hasta volverla casi luminosa al mediodía. Era un lugar donde el horizonte siempre parecía más lejos de lo que era, donde los caminos se perdían entre formaciones de roca que se repetían con una

monotonía que después de días de marcha empezaba a parecerse a la locura. No había sombra que no fuera la de una roca. No había agua que no hubiera que buscar. No había nada que el ojo pudiera descansar en él sin encontrar más de lo mismo — piedra, arena, cielo blanco de calor.

Por ese lugar marchaba Israel.

No por primera vez — llevaban casi cuarenta años en el desierto, una generación entera nacida y muerta entre la promesa y el cumplimiento. Pero esta vez había algo diferente en la amargura que cargaban. Acababan de perder a Aarón — el sumo sacerdote, el hermano de Moisés, el que había sostenido sus manos en la batalla y entrado con él al Sinaí a recibir la gloria de Dios. Lo habían visto subir al monte Hor acompañado por Moisés y Eleazar, y habían visto bajar solo a Eleazar, vestido con las ropas sacerdotales de su padre. El duelo era fresco. El peso de la pérdida se mezclaba con el calor y con el cansancio y con la sensación, que ninguno quería nombrar en voz alta pero que todos sentían, de que Canaán seguía siendo tan lejana como siempre.

Y entonces el camino giró hacia el sur.

No hacia Canaán — hacia el Mar Rojo. El rey de Edom había bloqueado el paso directo, y Dios había instruido a Moisés que no forzara el cruce. Así que el pueblo marchaba en la dirección equivocada — alejándose de la promesa, adentrándose en el desierto más árido, bajo un sol que no cedía, cargando el duelo de Aarón y la fatiga de cuarenta años y la pregunta que nadie se atrevía a formular completamente: ¿cuánto más?

La queja comenzó como siempre comenzaba — primero en susurros, luego en conversaciones, luego en voces que ya no se molestaban en bajar el tono porque había demasiados que pensaban lo mismo como para que valiera la pena la discreción. ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? No hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este

pan tan liviano. El maná — ese mismo alimento milagroso que había sostenido a dos millones de personas durante cuarenta años — era ahora un objeto de desprecio. La memoria había hecho lo que la memoria hace cuando la amargura la trabaja desde adentro: había borrado el hambre real de Egipto y había conservado solo el aroma de los puerros y las cebollas.

Las serpientes vinieron de noche.

No en una sola oleada — fueron apareciendo entre las rocas y entre las tiendas, silenciosas y veloces, con ese movimiento que no tiene principio ni fin visible. Las llamaban ardientes — no porque su color fuera el del fuego sino porque su veneno lo era. La mordedura producía una sensación de quema que comenzaba en el punto de contacto y se extendía hacia adentro, y los que habían sido mordidos lo describían con las mismas palabras: como si algo ardiera por dentro sin posibilidad de apagarse. El campamento se llenó de gritos esa noche. Y luego, a medida que las horas avanzaban, de algo peor que los gritos — el silencio de los que ya no podían gritar.

Murieron muchos en Israel.

* * *

Lo que sucedió después es lo que Nicodemo había estudiado sin ver.

El pueblo vino a Moisés. No con la queja — la queja había quedado atrás, quemada por el veneno y por la conciencia de lo que habían dicho. Vinieron con algo diferente. Hemos pecado por haber hablado contra el Señor y contra ti. Ruega al Señor que quite de nosotros las serpientes. Era la primera vez en mucho tiempo que la voz colectiva del pueblo no pedía algo para sí misma sino algo para poder seguir viviendo — y la diferencia entre ambas cosas es más grande de lo que parece.

Moisés oró. Y Dios respondió con instrucciones que Nicodemo, estudiando ese texto en su estudio de Jerusalén, siempre había encontrado extrañas. No

que retirara las serpientes. No que neutralizara el veneno. No que cerrara las heridas desde afuera. Haz una serpiente ardiente y ponla sobre un asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá.

Una serpiente. El mismo instrumento de muerte, reproducido en bronce, elevado sobre un poste, puesto a la vista de todos.

Nicodemo lo había leído sin verlo. Sin entender qué hacía una serpiente — imagen del pecado, imagen de la transgresión, imagen de todo lo que había traído la muerte al campamento — elevada sobre un poste en lugar de enterrada bajo tierra. Sin entender por qué la curación requería mirar precisamente a eso — a la imagen de lo que había causado el daño — en lugar de apartar la vista de ello.

Hasta que en el monte de los Olivos un galileo se lo mostró encendido desde adentro.

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado.

La serpiente de bronce no era el pecado celebrado. Era el pecado cargado. El pecado tomado sobre sí por el que no tenía veneno — reproducido en la forma externa sin el poder de matar que tenía en el original. Y levantado, puesto a la vista de todos, precisamente para que los que habían sido mordidos pudieran mirar a aquello mismo que los había herido y encontrar en esa mirada, no la muerte que esperaban, sino vida.

El mirar y vivir no dependía de entender el mecanismo. No dependía de haber resuelto la amargura del todo. No dependía de no haber murmurado o de merecer la curación por algún mérito acumulado en el camino. Dependía de una sola cosa: mirar. Con los ojos abiertos. Con la disposición de recibir lo que la mirada traía, aunque lo que traía desafiara todo lo que uno creía saber sobre cómo funciona la justicia.

* * *

Nicodemo pasó semanas con esa imagen después de la noche en el monte de los Olivos.

La traía a los textos que conocía de memoria y los textos empezaban a hablar de una manera diferente. La traía a las historias que había enseñado durante décadas y las historias empezaban a tener una dimensión que siempre había estado ahí y que él no había podido ver porque estaba buscando algo diferente. Era como descubrir que el idioma que uno lleva toda la vida hablando tiene una capa de significado que uno no había aprendido — no porque el idioma lo hubiera ocultado sino porque los ojos no estaban entrenados para verlo.

El Dios que enviaba serpientes ardientes sobre el pueblo que murmuraba no era el Dios que castigaba sin compasión. Era el Dios que encontraba la manera — incluso en el juicio, incluso en las consecuencias que el propio pueblo había convocado con sus palabras — de poner ante los ojos de los heridos la única cosa que podía sanarlos. La serpiente en el poste era simultáneamente el juicio y la misericordia. El reconocimiento de lo que el pecado hacía y la provisión de lo que el pecado no podía deshacer por sí mismo.

Y la instrucción era desconcertantemente simple. No purificarse primero. No hacer penitencia proporcional al tamaño de la herida. No esperar a estar lo suficientemente bien como para merecer la curación. Mirar. Ahora. Con el veneno todavía ardiendo por dentro. Con la herida todavía abierta. Con el arrepentimiento todavía mezclado con dolor y con miedo. Mirar, y vivir.

Así era como funcionaba. Así era como siempre había funcionado.

Nicodemo empezaba a entenderlo.

CAPÍTULO IV

Los años silenciosos

La raíz que nadie vio

No hay registro de lo que Nicodemo hizo durante los años que siguieron a esa noche.

El evangelio de Juan no lo menciona entre los seguidores que acompañaron a Jesús en su ministerio por Galilea. No está en la lista de los que fueron enviados de dos en dos. No aparece entre los que presenciaron la transfiguración ni entre los que estuvieron en el aposento alto la noche en que Jesús lavó los pies. Si uno busca su nombre en los registros del ministerio público de Jesús, no lo encuentra — y esa ausencia, leída sin cuidado, podría parecer que la noche en el monte de los Olivos no cambió nada en él.

Cambió todo.

Solo que de una manera que nadie podía ver desde afuera.

* * *

La vida de Nicodemo después de esa noche fue la vida de un hombre que lleva una semilla en el pecho y no sabe todavía qué va a crecer. Seguía siendo miembro del Sanedrín — eso no cambió. Seguía siendo reconocido en el templo, saludado con respeto en los mercados, invitado a las reuniones donde los hombres de poder tomaban las decisiones que afectaban a toda la nación. La toga era la misma. El título era el mismo. Las obligaciones eran las mismas.

Pero él no era el mismo.

No de una manera que cualquiera hubiera podido señalar con precisión. Era más sutil que eso — un cambio en la calidad de su atención cuando se hablaba de ese galileo en las reuniones del Sanedrín. Una incomodidad que empezaba a resultarle difícil de disimular cuando sus colegas descartaban con demasiada facilidad las señales que Jesús hacía. Una tendencia a buscar en los textos proféticos que conocía de memoria algo que antes no había buscado — no el argumento que ganaba el debate sino la imagen que encendía algo por dentro.

Jesús seguía enseñando. Las noticias llegaban a Jerusalén con la velocidad que tienen las noticias que la gente no puede dejar de contar — la multiplicación de los panes en el norte, la sanidad del paralítico en el estanque de Betesda, la mujer samaritana en el pozo de Sicar. Nicodemo escuchaba esos relatos de una manera diferente a sus colegas. Donde ellos escuchaban amenazas al orden establecido, él escuchaba ecos de la conversación en el monte de los Olivos. Donde ellos veían a un agitador que convenía neutralizar cuanto antes, él reconocía algo que no podía nombrar del todo pero que tampoco podía ignorar.

La raíz crecía en la oscuridad.

Sin que nadie la viera. Sin que él mismo pudiera medirla con precisión. Pero crecía — con esa terquedad silenciosa que tienen las raíces cuando han encontrado tierra y humedad, que no necesita aprobación ni audiencia ni siquiera luz para hacer lo que hacen. Absorbía. Profundizaba. Se extendía hacia donde el suelo tenía más de lo que necesitaba.

* * *

Yo conozco ese período de otra manera.

Los años en que algo ha comenzado en el interior pero todavía no tiene forma exterior reconocible. En que la conversación más importante que uno tiene es la que tiene consigo mismo — o con Dios, que en los mejores

momentos es la misma cosa — y no la que tiene con los demás. En que uno pertenece todavía al sistema que conoce pero ya no pertenece a él de la misma manera, y esa diferencia todavía no tiene nombre ni tiene consecuencias visibles pero está ahí, real, cambiando la textura de cada día.

Pasé años así después de que Jesús empezó a hacerse real para mí de una manera diferente a la doctrinal. Seguía yendo a la iglesia. Seguía participando de las reuniones. Seguía siendo el Nico que los demás conocían. Pero por dentro algo se había reordenado de una manera que yo mismo no podía describir todavía con precisión — la fe había pasado de ser un conjunto de creencias que uno sostiene a ser una relación que sostiene a uno, y esa diferencia lo cambia todo aunque desde afuera parezca que no ha cambiado nada.

No hay atajos para ese período. No hay manera de acelerar la raíz. Solo acompañarla — con los textos, con la oración, con la disposición de seguir buscando incluso cuando no hay nada visible todavía que confirme que la búsqueda está produciendo algo. La raíz no necesita que uno la vea para crecer. Necesita que uno no la arranque.

Nicodemo no la arrancó.

Eso es lo que sabemos de los años silenciosos. No lo que hizo. Lo que no hizo — no se alejó, no descartó lo que había comenzado, no volvió a la comodidad de las certezas previas aunque hubiera sido más fácil. Siguió llevando la semilla. Siguió permitiendo que creciera en la oscuridad, a su propio ritmo, hacia donde ella sabía que debía ir.

Y llegó el día en que la raíz encontró roca. Y tuvo que tomar una decisión.

CAPÍTULO V
El Sanedrín

Una voz en la sala equivocada

La reunión había comenzado como todas las reuniones del Sanedrín — con el peso de las formalidades que dan a los hombres de poder la sensación de que lo que hacen tiene un orden y una legitimidad que trasciende sus propias preferencias. Los setenta y uno se habían ubicado en el semicírculo de piedra, con el presidente al centro y los escribas a los costados registrando lo que se dijera. El incienso del templo llegaba hasta ahí en días de viento. La ciudad entera podía escucharse en el silencio entre las palabras — el rumor constante de Jerusalén que nunca terminaba de callarse del todo.

El tema era Jesús. Como tantas veces en los últimos meses.

Los guardias que habían sido enviados a arrestarlo habían vuelto sin él. No habían fallado por incompetencia — habían fallado porque algo había ocurrido en el momento del encuentro que ninguno de ellos sabía cómo describir del todo. Los que más intentaban explicarlo terminaban diciendo lo mismo: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre! Y esa frase, pronunciada por hombres entrenados para no dejarse impresionar, había llegado al Sanedrín como una brasa que nadie quería sostener demasiado tiempo.

La respuesta de los fariseos fue la que era predecible. ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos? Pero esta gente que no conoce la ley, maldita es. Era el argumento de la autoridad — si los que saben no creen, la credibilidad de lo que no se cree queda establecida sin necesidad de examinar el objeto de la creencia. Era un argumento que Nicodemo había usado él mismo en otras reuniones, sobre otros temas. Lo conocía desde adentro.

Y sabía exactamente lo que valía.

* * *

Habló.

No con un discurso preparado. No con el argumento cuidadosamente construido que hubiera necesitado para ganar el debate en los términos en que el debate estaba planteado. Habló con lo único que tenía disponible en ese momento — una pregunta. Una sola pregunta que era al mismo tiempo un principio legal y una rendija por donde entraba algo de luz.

¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?

La sala reaccionó. No con argumentos — con burla. ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta. Era la respuesta del poder cuando no tiene respuesta — el ataque a quien pregunta en lugar de la respuesta a lo que se preguntó. Nicodemo lo reconoció. Y reconoció también, con una claridad que lo sorprendió, que la burla no lo movía de la misma manera que antes.

Algo había cambiado.

No en la sala. En él. El hombre que había entrado a esa reunión no era exactamente el mismo que había salido de la noche en el monte de los Olivos, aunque desde afuera la diferencia fuera invisible. La raíz que había crecido en los años silenciosos había llegado hasta aquí — hasta este momento donde la voz de uno en la sala equivocada era la única voz que no seguía la corriente, y donde seguir la corriente hubiera sido infinitamente más cómodo.

No ganó el debate. Nadie en esa sala se levantó a apoyarlo. El Sanedrín continuó — hacia la conclusión que había buscado desde el principio, con

la resolución que no necesitaba que todos estuvieran de acuerdo sino solo que nadie detuviera el proceso. Nicodemo no pudo detenerlo. Su voz fue suficiente para registrar una objeción, no para cambiar el resultado.

Pero algo se había establecido que no existía antes.

Había hablado. En el lugar donde hablar costaba algo real. Donde las consecuencias no eran abstractas sino concretas — la reputación, las alianzas, la posición dentro de un sistema que no toleraba bien a los que hacían preguntas incómodas en los momentos equivocados. Había hablado de todas formas. No con heroísmo declarado sino con la voz tranquila de alguien que sabe que hay cosas que no se pueden no decir sin pagarlo en algún lugar más profundo que la reputación.

* * *

El costo de hablar cuando hay algo que decir y el sistema no quiere escucharlo es uno de los aprendizajes más lentos y más importantes de la vida espiritual. No el costo dramático del mártir que muere por su fe — ese costo es real pero también es final, y en cierta manera más simple. El costo cotidiano — el de la reunión donde uno hace la pregunta que nadie quería que se hiciera, el de la conversación donde uno dice lo que piensa en lugar de lo que sería más conveniente decir, el de la relación donde uno no puede seguir fingiendo que está de acuerdo con algo que sabe que está mal.

Ese costo se paga muchas veces, en pequeñas cuotas, a lo largo de años. Y cada vez que se paga sin retirar la voz, algo en el interior se asienta un poco más. Se vuelve un poco más propio. Un poco menos dependiente de la aprobación de la sala.

Nicodemo salió de esa reunión sin haber ganado nada en los términos que el Sanedrín reconocía como ganancias.

Y sin embargo salió diferente a como había entrado.

CAPÍTULO VI
La oscuridad

El concilio sin Nicodemo

Había noches, en el período que siguió a esa reunión del Sanedrín, en que Nicodemo no dormía.

No por insomnio en el sentido ordinario de la palabra — no era la mente que no podía apagarse ni el cuerpo que no encontraba descanso. Era algo diferente. Era la vigilia de quien sabe que algo se está acercando y no puede ver todavía su forma exacta pero siente su peso en el aire, como cuando el tiempo cambia antes de que el cambio sea visible en el cielo. Las reuniones del Sanedrín habían tomado un tono que Nicodemo reconocía — el tono de las decisiones que ya han sido tomadas y que solo esperan el momento oportuno para ejecutarse. Las preguntas habían dejado de ser genuinas. Los debates habían dejado de tener la forma de debates. Lo que quedaba era el procedimiento — la formalidad de deliberar sobre algo que ya estaba resuelto.

El objeto de esa resolución era Jesús.

Y Nicodemo sabía, con la certeza de alguien que conoce cómo funcionan los sistemas de poder desde adentro, que la pregunta ya no era si sino cuándo.

* * *

Había habido una reunión donde Nicodemo no estuvo.

No porque lo hubieran excluido formalmente — su ausencia fue más sutil que eso. Fue la reunión donde Caifás había pronunciado las palabras que definirían la lógica de lo que vendría: Os conviene que un hombre muera

por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Era el argumento de la necesidad política presentado como sabiduría. Era la lógica del sacrificio del individuo por la preservación del sistema — una lógica que Nicodemo había visto operar en otras formas, en otros contextos, pero nunca sobre algo que le importara tanto.

Juan escribió después que Caifás había dicho eso sin saber completamente lo que decía — que había profetizado sin querer, que las palabras que pensaba usar para justificar un asesinato describían en realidad algo más grande que cualquier cálculo político. Pero en el momento, en esa sala donde la decisión se tomó, nadie estaba pensando en profecía. Estaban pensando en supervivencia institucional.

Nicodemo lo supo cuando le contaron lo que se había dicho. Y algo en él — algo que había estado creciendo desde la noche en el monte de los Olivos, a través de los años silenciosos, a través de la pregunta en el Sanedrín — llegó a un punto de claridad que no había tenido antes.

No había manera de seguir siendo dos cosas al mismo tiempo.

* * *

Esa es la crisis que llega, tarde o temprano, para todo el que ha estado creciendo en la oscuridad.

El momento en que la raíz encuentra roca. En que seguir en la dirección que se ha estado yendo requiere romper algo que antes sostenía el peso de todo. En que la comodidad de pertenecer a dos mundos simultáneamente — el mundo que uno era antes y el mundo que uno está llegando a ser — se vuelve imposible de mantener, no porque alguien lo exija desde afuera sino porque la propia coherencia interna lo hace inevitable.

Nicodemo no tomó una decisión dramática en ese momento. No fue a Jesús a declarar públicamente su lealtad. No renunció al Sanedrín ni abandonó su

posición. Hizo algo más difícil en cierta manera — siguió en el lugar donde estaba, con las mismas obligaciones y las mismas relaciones y la misma reputación que proteger, pero con algo cambiado en el interior que hacía que todo lo de afuera empezara a pesar de una manera diferente.

Como si el peso real de las cosas hubiera cambiado de lado.

Lo que antes era pesado — la aprobación de sus colegas, la seguridad de su posición, la comodidad de no tener que elegir — había empezado a pesar menos. Y lo que antes era liviano — esa conversación de una noche en el monte de los Olivos, esa imagen de la serpiente levantada, esa frase que había desmontado algo sin que él lo hubiera pedido — había empezado a pesar más.

No sabía todavía qué iba a hacer con eso.

Pero sabía, con la claridad incómoda de las cosas que no se pueden desconocer, que iba a tener que hacer algo.

CAPÍTULO VII

La tumba

Treinta y dos kilogramos de amor

Vino de noche la primera vez.

Eso es lo que el evangelio de Juan quiere que recordemos — no solo el hecho de que vino sino la hora. De noche. Con la oscuridad como compañía y como protección, con la ciudad dormida a su alrededor, con el peso de todo lo que podría perder si alguien lo reconocía. De noche, como vienen los que tienen algo que buscar pero todavía no saben completamente si pueden sostener lo que van a encontrar.

Vino de noche la primera vez.

La última vez vino de día.

* * *

Lo que había ocurrido en las horas anteriores era lo que era. La cruz en el Gólgota. El velo del templo rasgado de arriba abajo. El terremoto que abrió sepulcros. El sol que se oscureció durante tres horas en pleno mediodía. Cosas que el sistema de Nicodemo — el sistema entrenado durante décadas para clasificar y argumentar y concluir — no tenía categoría para contener del todo.

Los discípulos estaban escondidos. Los que habían caminado con Jesús durante tres años, los que lo habían visto multiplicar panes y resucitar muertos y caminar sobre el agua, estaban encerrados detrás de puertas con llave, con el miedo pegado al pecho como una segunda piel. Era comprensible. El miedo de ese tipo es comprensible. Cuando el sistema que

ejecuta a un hombre es el mismo sistema que tiene el poder de ejecutar a los que se asocian con él, el miedo es la respuesta más lógica disponible.

Nicodemo no tenía miedo.

O si lo tenía — y probablemente lo tenía, porque era un hombre real y los hombres reales sienten miedo — ese miedo no fue lo que determinó lo que hizo a continuación.

Fue a comprar especias.

* * *

No un poco de especias. Juan lo registra con una precisión que no es accidental: una mezcla de mirra y áloes, como cien libras. Cien libras romanas — aproximadamente treinta y dos kilogramos. La cantidad que se usaba en el entierro de los reyes. La cantidad que comunicaba, sin palabras, lo que Nicodemo pensaba de quien estaba enterrando. No podía decirlo en el Sanedrín. No podía declararlo en la sinagoga. No podía escribirlo en ningún lugar donde alguien pudiera leerlo y usarlo en su contra.

Pero podía llevarlo.

Treinta y dos kilogramos es un peso que se siente en los brazos y en los hombros y en la espalda. No es algo que se lleva con indiferencia — es algo que se lleva con intención, con la conciencia física de lo que uno está haciendo. Cada paso desde el mercado hasta el Gólgota con ese peso era una declaración que el sistema no podía cancelar porque no encontraba dónde atacarla. No había texto que lo condenara. No había ley que lo prohibiera. Era un hombre llevando especias para enterrar a alguien — y lo que eso significaba estaba escrito en el peso que cargaba, no en ningún documento que el Sanedrín pudiera confiscar.

Fue con José de Arimatea. También miembro del Sanedrín. También discípulo en secreto — hasta ese día. También alguien que había llegado al punto donde la coherencia interna hacía imposible seguir siendo dos cosas al mismo tiempo.

Bajaron el cuerpo juntos.

Lo envolvieron en lienzos con las especias, según la costumbre judía de sepultar. Había un detalle técnico que cualquier judío conocía y que Nicodemo conocía mejor que la mayoría: el contacto con un cadáver producía impureza ritual. Los que tocaban a los muertos quedaban excluidos de las ceremonias del templo durante siete días. La Pascua no había terminado. Las ceremonias seguían. Los hombres impuros no podían participar.

Nicodemo tocó el cuerpo de Jesús.

Sabía exactamente lo que eso significaba en términos rituales. Lo eligió de todas formas.

* * *

Hay un momento en la vida de fe en que las consecuencias dejan de ser el factor determinante.

No porque dejen de existir. Siguen existiendo — la impureza ritual seguía siendo real, la posición en el Sanedrín seguía en riesgo, la reputación construida durante décadas seguía siendo frágil. Nada de eso dejó de ser verdad en el momento en que Nicodemo tomó el cuerpo de Jesús entre sus manos.

Pero dejó de ser lo primero.

Eso es lo que cambia cuando la raíz ha crecido lo suficiente. No que las consecuencias desaparezcan sino que dejan de ser el factor que determina la

acción. Uno actúa desde algo más profundo que el cálculo — desde esa convicción que se formó en la oscuridad durante años, que no se puede ver desde afuera pero que es más real que cualquier cosa visible, que no depende de la aprobación de la sala ni del resultado del debate ni de si alguien más está haciendo lo mismo.

Nicodemo había llegado a ese lugar.

No de golpe. No por heroísmo. Paso a paso, noche tras noche, reunión tras reunión, en los años silenciosos donde nadie vio nada y la raíz crecía de todas formas.

* * *

Elena White describe lo que pasó después de esa manera que tiene de decir lo que importa sin adorno innecesario: los que antes habían sido cobardes y vacilantes entonces declaraban su fe con valor. Nicodemo no era cobarde — había demostrado en el Sanedrín que tenía voz cuando era necesario usarla. Pero sí había sido cuidadoso. Había protegido, con la prudencia legítima de alguien que entiende los sistemas de poder desde adentro, lo que podía perder.

Después de la tumba, esa protección terminó.

Declaró abiertamente su fe en el Jesús resucitado. Usó su riqueza para sostener a la iglesia perseguida — la misma riqueza que antes le había dado la posición que cuidaba. Quedó pobre en los bienes de este mundo. No como consecuencia de un error sino como consecuencia de una elección — la elección de un hombre que había llegado al punto donde lo que tenía que dar era más importante que lo que podía perder.

Y no le faltó la fe que había tenido su comienzo en aquella conferencia nocturna con Jesús.

Eso es todo lo que sabemos. No hay más detalles. No hay relato de los años que siguieron, de las persecuciones específicas, de los momentos de duda o de confirmación. Solo esta frase — y no le faltó la fe — que contiene en su sencillez todo lo que importa saber sobre lo que la raíz puede llegar a ser cuando ha tenido tiempo suficiente de crecer.

EPÍLOGO

La noche que nunca terminó de terminar

Nicodemo le contó a Juan lo que pasó esa noche.

No sabemos cuándo. No sabemos en qué circunstancias — si fue una sola conversación larga o muchas conversaciones breves, si fue antes de la dispersión o después, si Juan tomó notas o simplemente escuchó con la atención del que sabe que lo que está recibiendo es demasiado importante para perderse un detalle. Lo que sabemos es que Juan lo escribió. Con la misma pluma que registró el principio de todas las cosas — en el principio era el Verbo — escribió también esto: la timidez que Nicodemo trató de ocultar bajo serenidad y dignidad, la ironía que usó como escudo, el momento donde la pregunta salió diferente a las anteriores, la imagen de la serpiente de bronce que finalmente penetró, las palabras que ningún otro maestro había pronunciado con esa claridad en toda la historia de Israel.

De tal manera amó Dios al mundo.

Palabras que nacieron en una conversación de dos personas en la oscuridad. Palabras que Nicodemo guardó durante años sin saber completamente qué hacer con ellas. Palabras que florecieron en él de la manera más inesperada — no en la cima de su poder sino en el momento en que lo había perdido todo, de pie ante una cruz con treinta y dos kilogramos de especias en las manos mientras los que habían estado tres años al lado de Jesús se escondían con miedo.

Juan las escribió para instrucción de millones de almas.

Y la cadena no se rompió.

* * *

Viajó a través de siglos — de idiomas, de culturas, de noches silenciosas donde alguien buscó algo sin saber exactamente qué buscaba. Llegó a Agustín de Hipona, que la recibió después de años de buscar en los lugares equivocados. Llegó a Martín Lutero, que la clavó en una puerta y cambió el mundo. Llegó a hombres y mujeres sin nombre que la leyeron en idiomas que Nicodemo nunca habría podido imaginar, en continentes que ningún mapa del primer siglo podía contener, en circunstancias que ninguna profecía rabínica había anticipado.

Y siguió viajando.

Hasta un programador adventista en Córdoba que esperó un trabajo en Estados Unidos sin buscarlo, y que sin saberlo plantó una semilla en alguien que tres años después, justo antes de meterse en el espiritismo, decidió ir a buscarlo para ver si era verdad.

Hasta una oficina en Globant donde alguien escondía una Biblia en una mochila y la abría cuando no había nadie, hasta el día en que hubo alguien y la negó y volvió a casa y encontró en las palabras de Jesús un espejo que no pudo evitar.

Hasta una playa en Brasil donde una raya picó y el dolor duró horas y el corazón mezcló la queja con la gratitud sin que ninguna de las dos fuera deshonesta, y Jesús usó esas horas para mostrar algo sobre su propia cruz que ningún sermón habría podido enseñar de la misma manera.

Hasta un canal de YouTube donde durante años vivieron audiolibros — voces grabadas con paciencia, traducidas con cuidado, enviadas sin costo porque el fin era la difusión y no el dinero — hasta el día en que llegó la convicción de que era momento de borrarlos. No porque hubieran sido un error sino porque su ciclo había terminado, y porque había algo que Jesús quería enseñar sobre soltar lo que uno construyó para él — que el amor que

da sin calcular el retorno aprende eventualmente a soltar con la misma libertad con que dio.

La cadena no se rompió.

* * *

La última imagen que quedó de Nicodemo en el registro es esta — pobre en los bienes de este mundo, despreciado por los que antes lo reverenciaban, sosteniendo con lo que le quedaba a una iglesia que el sistema esperaba ver desaparecer.

No hay estatua de Nicodemo en ningún lugar del mundo. No hay ciudad que lleve su nombre. No hay orden religiosa fundada en su memoria ni himno que celebre su historia. Hay solo esto — unas pocas líneas en el evangelio de Juan, preservadas durante dos mil años, que dicen que hubo un hombre que vino a Jesús de noche la primera vez, que habló cuando debía hablar, que llevó especias cuando todos los demás huyeron, y que no le faltó la fe que había tenido su comienzo en aquella conferencia nocturna.

Una raíz que nadie vio crecer.

Pero las raíces que nadie ve son exactamente las que sostienen lo que permanece cuando todo lo demás cae. Y lo que Nicodemo sostuvo — con su voz en el Sanedrín, con sus especias en la tumba, con sus riquezas dadas a la iglesia perseguida — no cayó. Viajó. Llegó hasta Juan que lo escribió. Llegó hasta los millones que lo leyeron. Llegó hasta acá.

Y sigue.

Porque las semillas que Jesús planta no mueren con el que las recibe.

Germinan. Y dan fruto. Y ese fruto tiene semilla.

Y la cadena no se rompe.

FUENTES

Sagradas Escrituras

Juan 2:12-22 · Juan 3:1-17 · Números 20:14 — 21:9 · Juan 7:45-53 · Juan 11:47-54 · Juan 19:38-42

Elena G. White

El Deseado de Todas las Gentes — Capítulos 16, 17, 50, 59 y 80 · Patriarcas y Profetas — Capítulo 38

Compilación del material fuente: Nicolás Bertoa · jesusyyo.com